

- Está... ¡Está muerto, joder!

Y te juro que justo en el momento en que dije eso se puso a llover. Como si el universo entero nos recordase la tormenta de mierda en la que acabábamos de meternos.

- No, no, no puede ser... – Karen aún sostenía la pistola con ambas manos, temblando. Podías intuir lo que por sus tripas estaba pasando en esos momentos. – Joder, ¡vuelve a comprobarlo!

Y lo hice: de nuevo puse la mano en su cuello, buscando algo que se pareciese a un pulso humano. El tipo me miraba, con su único ojo sano mientras el otro había sido sustituido por un boquete, cortesía del disparo de Karen. Más tarde nos enteraríamos de que aquel disparo había sido literalmente uno entre un millón: exactamente las mismas probabilidades que tenía cualquier patrullero de tumbar a un metahumano de nivel tres usando únicamente su arma reglamentaria.

Miré a Karen y negué con la cabeza, el tío estaba más muerto que Darwin.

- Oh, mierda. Mierda, mierda, mierda... – Karen se llevó las manos a la cabeza, presa de un ataque de nervios. Ni siquiera se dio cuenta de que aún sangraba por los cortes sufridos en la frente y los brazos.